



Sergio E. VISACOVSKY*

*: Doctor en Antropología Cultural, Universidad de Utrecht. Investigador Principal del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y del Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES). Director del Centro de Investigaciones Sociales (CIS), e-mail: seredvisac@gmail.com – sergio.visacovsky@ides.org.ar

PRESENTADO: 09.08.21

ACEPTADO: 21.09.21

LA INVESTIGACIÓN SE ABRE CAMINO: TRABAJO DE CAMPO ETNOGRÁFICO SOBRE LA PANDEMIA DE COVID-19 EN BUENOS AIRES EN TIEMPOS DE INCERTIDUMBRE¹

19

Resumen

En este artículo expongo algunos aspectos de mi investigación actual sobre experiencias y respuestas colectivas de la pandemia de COVID-19 en Buenos Aires. Mi pretensión es discutir una serie de alternativas para llevar a cabo un trabajo de campo a la distancia cuando las formas más usuales de acceso al campo están imposibilitadas o limitadas. Concluyo con una reflexión acerca de cómo este contexto crítico impone condiciones excepcionales que, sin embargo, pueden ayudarnos a pensar nuestros modos habituales de investigación etnográfica en los mundos contemporáneos.

Palabras Clave: Pandemia COVID-19; Investigación etnográfica; Trabajo de campo desde lejos; Incertidumbre.

Summary

In this article I present some aspects of my current research on social experiences and responses of the COVID-19 pandemic in Buenos Aires. My intention is to discuss a series of alternatives to carry out fieldwork from afar when the most usual forms of access to the field are impossible or limited. I conclude with a reflection on how this critical context imposes unusual conditions that, nevertheless, can help us to think about our habitual modes of ethnographic research in contemporary worlds.

Key words: COVID-19 pandemic; ethnographic research; fieldwork from afar; uncertainty.

1. El presente texto es una reelaboración de la ponencia presentada en el conversatorio "La información y el campo en contexto de pandemia" el 12 de mayo de 2021. Organizado por el Programa Interdisciplinario de la Universidad de Buenos Aires sobre Marginaciones Sociales (PIUBAMAS) y el Centro de Estudios de Ciudad (CEC.Sociales).

INTRODUCCIÓN

Desde el inicio de la actual pandemia de COVID-19 los gobiernos y los medios de comunicación de todo el mundo han estado hablando sobre asuntos como virus, infecciones y vacunas, pero también sobre normas, riesgo, cuidado, incertidumbre, confianza, certeza, normalidad, esperanza. Y pocas veces esos asuntos han recaído en sus especialistas, es decir, en quienes estudian las maneras colectivas de pensar y actuar de los seres humanos.

Después de tantos meses, los científicos sociales sabemos cuán necesario hubiese sido volcar mayores esfuerzos en estudiar esos modos de pensar y actuar en un escenario completamente trastocado. El mero hecho de señalar el protagonismo del discurso biomédico desde el inicio de la pandemia puede parecer entre obvio y ridículo. Obvio, porque lo escuchamos o lo leemos todo el día todos los días, o al menos es posible hacerlo, a través de las decisiones sanitarias de los gobiernos, de las consultas y recomendaciones de los medios a especialistas, especialmente epidemiólogos, infectólogos, virólogos y sanitarios. Los periodistas científicos asumieron un rol activo en la difusión de dicho discurso y batallaron en varios frentes: las noticias falsas, las recomendaciones a la población, la transmisión e interpretación de las medidas sanitarias, las novedades en cuanto a la investigación científica y el desarrollo tecnológico. Y quienes aseguran no escuchar ni leer absolutamente nada, de un modo u otro, adoptaron comportamientos que son consecuencia del discurso biomédico. Ridículo, porque ¿qué otra cosa se esperaría en una situación como la actual?

Quizá alguien pueda pensar que estoy disgustado, pero no, no es así. De ningún modo se trata de un reproche o de un desconocimiento a la importancia crucial que el conocimiento biomédico ha tenido durante todo este período. Mucho, mucho menos, se trata de caer en ese lamentable lugar de quienes han tildado las medidas implementadas como “terrorismo o dictadura sanitaria”, así como esa forma de relativización o subestimación que han enarbolado algunos, como Giorgio Agamben y su “invención de una epidemia”. Simplemente, lo que quiero decir es que a las intervenciones

cruciales, centrales, de los especialistas del ámbito sanitario, hubiese sido importante sumar las contribuciones de los científicos sociales, como se ha venido planteando desde el inicio de la pandemia (Shah, 2020; Taster, 2020; Chaparro, 2020). Esta convicción es la que ha impulsado mi trabajo de investigación hasta aquí, más allá de la mayor o menor repercusión que haya recibido.

Con la circulación comunitaria del virus y las medidas gubernamentales para afrontarla, como el aislamiento en los hogares, se generaron profundas alteraciones en la organización y en las condiciones de posibilidad de las rutinas diarias, la temporalidad misma se vio perturbada hondamente. Alteraciones en los usos del espacio tanto doméstico como público, en los desplazamientos urbanos e interurbanos, en la sociabilidad y en la proxemia, en la administración de los cuerpos propios y ajenos y en la ritualización de los ciclos de la vida y de la muerte. Todo lo cual produjo un enorme impacto sobre la educación y el mundo laboral, así como el agravamiento de las condiciones de vida de los más pobres. Este escenario configuró lo que usualmente llamamos crisis, es decir, una transformación radical de la experiencia temporal (Neiburg, 2020), una discontinuidad drástica del flujo de la vida colectiva tal como esta es asumida por sus miembros. Una ruptura o quiebre con un momento visto como “normal”, el cual pasa a formar parte del pasado, lo que inaugura un tiempo de incertidumbre, cuya característica principal es la imposibilidad de previsión. Esto implica una dificultad para la creación de imágenes admisibles de futuro (Lomnitz-Adler, 2003), siendo el presente experimentado como un tiempo suspendido, estancado o congelado (Visacovsky, 2017).

El estudio de las crisis sociales se ha potenciado en los últimos años, debido a la intensificación de la investigación empírica histórica y etnográfica, y al desarrollo de enfoques capaces de aprehender mejor su especificidad. Un problema que ha despertado especial atención es comprender mejor cómo las poblaciones orientan sus vidas en condiciones de incertidumbre y cómo el futuro (o diversos futuros) puede ser imaginado y emerger en tales condiciones. Este fue el punto de partida desde el cual encaré un estudio sobre lo que estábamos y aún estamos viviendo.

Mi propuesta aquí es compartir algunas inquietudes derivadas del trabajo de investigación en un contexto que, precisamente, plantea desafíos enormes a las formas de investigación social conocidas y, muy en particular, al enfoque con el cual trabajo habitualmente: el etnográfico. No es mi intención hablar desde ningún lugar de autoridad metodológica o epistemológica, no pretendo posicionarme como un metodólogo. Lo que quisiera es hablar desde mi propia experiencia, como un investigador que está llevando adelante un estudio empírico con plena conciencia de los condicionamientos, de las limitaciones, de las imposibilidades.

Sé que algunos colegas no estarán de acuerdo con la índole de la investigación social y, muy en especial la etnográfica, en circunstancias como las actuales; lo entiendo, sus objeciones son razonables. Es cierto que no han sido ni son las mejores condiciones para estudiar la realidad en términos etnográficos. Pero las condiciones son lo que son y no necesariamente debemos quedarnos sentados esperando tiempos mejores. Si aceptamos el desafío, estamos obligados a pensar en la urgencia, con las consecuencias sabidas de todo apresuramiento. A pesar de todo esto, desde un comienzo me ha parecido imprescindible intentar estudiar este tiempo excepcional, donde muchos se han infectado, enfermado y muerto, entre ellos familiares, amigos, colegas. Tiempo en el que, como pocas veces, han resultado más notorias nuestras preguntas y perplejidades acerca de los miedos y las ansiedades de la población que son preguntas acerca de nosotros mismos.

A través de la exposición de los principales aspectos de mi investigación actual y algunas de las soluciones adoptadas ante la imposibilidad o limitación de acceder al campo en las formas más usuales, quisiera discutir una serie de alternativas para llevar a cabo un trabajo de campo desde la distancia: testimonios solicitados por mensajes de texto, entrevistas no presenciales, observaciones con escasa o nula interacción social, relevamiento e interpretación de materiales textuales, análisis de las situaciones de interacción que protagonicemos o la indagación de las redes sociales en línea, por enumerar solo algunas. Concluyo con una reflexión acerca de cómo este contexto crítico impone condiciones excepcionales que, sin embargo, pueden ayudarnos a pensar nuestros mo-

dos habituales de investigación etnográfica en los mundos contemporáneos.

LA DECISIÓN

Desde las primeras noticias de los casos de infección por SARS-CoV-2 en Wuhan, Hubei, China, en diciembre de 2019, fui siguiendo la propagación de la epidemia, aguardando su arribo a nuestras latitudes, aunque no con una cabal comprensión de lo que nos esperaba. Recuerdo que, aún confirmado el primer caso de infección en la Argentina el 3 de marzo de 2020, seguía llevando adelante mi vida de siempre. Algunos amigos empezaron a advertirme que debía dejar de concurrir a lugares en los que estuviese en contacto con muchas personas. Una colega y amiga se horrorizaba cuando le contaba que todavía asistía a un gimnasio; no obstante, cenamos en casa una semana antes del 20 de marzo con nuestras respectivas parejas y, pese a las recomendaciones que ya circulaban, nos saludamos con abrazos y besos. En alguna red social leía a otra colega que comentaba con estupor, miedo y enojo cómo el hijo de una amiga había tosido a muy corta distancia de su rostro durante una reunión, con el fin de mostrarle que sus temores eran exagerados. Más o menos simultáneamente, recibí varios mensajes de Whatsapp difundiendo el texto ya mencionado de Agamben.

Recuerdo que en una de las ocasiones le respondí a una colega que, en este momento, prefería leer a infectólogos, virólogos y epidemiólogos antes que a filósofos; como respuesta, me explicó con paciencia pedagógica que las epidemias no son solo fenómenos biomédicos, sino también sociales y culturales. Otra colega, a la que le manifesté mi desagrado por el escrito de Agamben, me señaló que era importante no caer en el pensamiento único. Finalmente, en otro mensaje reenviado desde un grupo de WhatsApp integrado por psicólogos con formación psicoanalítica era posible leer que no se entendía bien por qué tanto miedo, si los síntomas eran los mismos que los de una gripe, tiempo después, el presidente de Brasil, Jair Bolsonaro, afirmaría que la enfermedad de coronavirus “es apenas una pequeña gripe”.

También, escuchaba a quienes estaban alarmados por la falta de reacción del gobierno nacional.

Una colega, por ejemplo, decía no entender qué esperaba el gobierno para actuar, pronosticando un invierno trágico. En una línea similar, una ex alumna reclamaba con urgencia una cuarentena y un cierre de fronteras; cuando después del 20 de marzo pude conversar con ella, me aseguró que estaba de acuerdo con las restricciones, aunque creía que eran muy tardías, con el tiempo fue una de las tantas personas que cuestionaría toda la política sanitaria.

Mientras todo esto sucedía, otra colega me decía en una conversación telefónica que esta situación debía ser muy especial para mí dado mi interés en el estudio de las crisis sociales. Precisamente, el inicio de la pandemia y, por consiguiente, del aislamiento, me encontró investigando sobre cómo la antropología había estudiado los problemas relacionados con el futuro, centrándome especialmente en los modos en que los seres humanos lidiamos con la incertidumbre y generamos esperanzas (Visacovsky, 2019). Por eso, la colega insistía en que era una ocasión que no podía desaprovechar. Yo creo que tenía mucha razón en su insistencia, aunque tal vez ni ella ni yo nos percatamos por entonces los enormes costos personales y colectivos que sobrevendrían en los meses siguientes.

¿Qué extraje como conclusión de estos intercambios? En principio, nada sorprendente o que ya no se supiese. Básicamente, confirmé cómo las redes sociales y las aplicaciones de mensajería instantánea como WhatsApp se habían convertido en vehículos a través de los cuales las personas compartían contenidos diversos sobre la situación, como lo hacen sobre tantas otras cosas. En este caso parecían buscar mejores conocimientos sobre lo que estaba sucediendo, algo que, aparentemente, no podían obtener por otra vía. Con el correr de los meses nos daríamos cuenta que

la circulación de estos contenidos se ampliaría a la prensa escrita, a los medios televisivos y a las páginas de Internet.

Pues bien, decretado el “Aislamiento Social, Preventivo y Obligatorio” (ASPO) por parte del Poder Ejecutivo Nacional, el 20 de marzo del 2020, sentí un impulso irresistible por tratar de recolectar todo cuanto me llegaba relacionado a la situación a través de WhatsApp y, en menor medida, el correo electrónico. En seguida, hice algo similar con las redes sociales (Facebook, Instagram y Twitter). Pronto, el volumen del material acumulado empezó a volverse inmanejable: había que aprender a buscar y organizar de un modo más eficiente.

Pocos días después, decidí que era hora de saber cómo se estaba viviendo este aislamiento, pero ¿Cómo hacerlo desde mi hogar? ¿Cómo acceder a una realidad multifacética desde el aislamiento? Apenas recuerdo haber escuchado al antropólogo Daniel Miller quien, a través de un video en YouTube, reflexionaba acerca de cómo realizar trabajo de campo durante el aislamiento, sin que me sorprendiera demasiado respecto a lo que yo me había imaginado. Una experiencia previa, realizada a pocos días de decretado el aislamiento, me sirvió para concebir mi estrategia de trabajo.²

Confieso que cuando comencé con esta tarea no me detuve demasiado a pensar en criterios metodológicos muy sofisticados. Era mucho más importante, más urgente, generar material empírico del modo en que fuese posible. Como ya señalé, muchos tendrán objeciones bien fundadas acerca de este modo de trabajar. Esta suerte de etnografía “desde el hogar”, es decir, desde mi departamento en el cual pasaba -y aun paso- la mayor cantidad de horas del día, suponía, pues, algo de ingenio para diseñar estrategias de investigación empírica, sobre todo en los primeros meses del

2. Apenas un par de días después, las instituciones en ciencias sociales del país fueron informadas por la Secretaría de Articulación Científico Tecnológica del Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación de la Nación que se había constituido la Unidad Coronavirus, que la misma tendría por objeto organizar y coordinar acciones para paliar los efectos de la pandemia. Además, que dentro de la Unidad se había constituido una Comisión para analizar los aspectos sociales de la pandemia con el propósito de recopilar y analizar la información y elaborar documentos e ideas que puedan ser útiles para formular políticas públicas. En consecuencia, esta Comisión solicitó a las Facultades de Humanidades y Ciencias Sociales, así como a los institutos de investigación de Ciencias Sociales y Humanidades llevar a cabo relevamientos de información. Como director del Centro de Investigaciones Sociales me dispuse a coordinar las tareas de relevamiento, tal como lo hicieron muchas otras instituciones. La idea era enviar a través de Whatsapp o mensaje de texto un breve y simple cuestionario a personas que pudiesen informar sobre la situación en zonas de pobreza extrema. Una vez reunida esta información, se enviaba a la Comisión que, posteriormente, elaboraría sobre esa base un informe para el Poder Ejecutivo de la Nación.

2020, en los que uno apenas salía para alguna compra de productos básicos, no alejándose demasiado de la seguridad que brindaban nuestras paredes. Estaba claro que las corridas al minisúper de la esquina y el retorno vertiginoso no ofrecían las condiciones espacio-temporales indispensables para “salir al campo”. Tampoco resultaba demasiado eficaz asomarse por el balcón, por más esfuerzos que hiciera estirándome y con el consabido riesgo de caer.

Inicié mi primer relevamiento el 27 de marzo, solicité testimonios a diferentes personas, vía Whatsapp, con una guía de preguntas abiertas que podían responder por la misma vía en forma escrita o con un mensaje de voz. Mis preguntas eran bastante sencillas. Yo quería saber, por ejemplo, si estaban trabajando y de qué modo o cómo se estaban arreglando para hacer sus compras cotidianas; pero también me interesaba conocer qué idea tenían sobre el origen de la pandemia y cómo se estaban cuidando; finalmente, me importaba sobremanera saber cuándo pensaban que terminaría todo.

¿A quiénes solicité testimonios? A decir verdad, a los contactos guardados en mi teléfono celular y con los cuales tenía cierta confianza, mayor o menor. En suma, solicité testimonios a quienes habitualmente integran lo que llamamos nuestra propia red social. No me refiero aquí a la noción de red social en línea, sino a familiares, amigos, vecinos, algunos colegas, conocidos con los que mantenemos una relación cordial. Cuando me preguntan qué sectores estaban representados en la muestra que se fue conformando, suelo responder “sectores medios urbanos”, aunque tal categoría está lejos de expresar rasgos particulares de una población claramente distinguible en el espacio urbano; en realidad, la utilicé heurísticamente, más en oposición a las poblaciones más pobres, incluyendo los habitantes de los llamados “barrios populares”, pero también a los sectores más acomodados en ciertos enclaves muy particulares del cordón norte del Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA).

Empecé comunicándome con un primer grupo, integrado por las personas con las que tenía mayor confianza; estas personas me facilitaron nuevos contactos. Entre quienes ofrecieron sus testimo-

nios había profesionales, comerciantes y pequeños y medianos empresarios, asalariados del mundo privado y estatales de diferentes niveles de ingreso, así como trabajadores autónomos. Diferían en sus niveles educativos, ocupaciones e ingresos. Vivían en diferentes tipos de vivienda, había propietarios e inquilinos, solos o acompañados, con mayores o menores comodidades de acuerdo a las necesidades. Siendo honesto, no todos respondieron, pero sí lo hizo una enorme mayoría (arriba de un 80 %). Como señalé, las respuestas llegaron a través de mensajes de voz o texto de WhatsApp y, en menor medida, el correo electrónico.

Paralelamente, mantuve conversaciones telefónicas, seguí relevando e interactuando en redes sociales, llevé adelante búsquedas en Internet en diferentes portales y en medios periodísticos. Mis solicitudes de testimonios fueron reiterándose a lo largo del 2020, hasta completar cuatro; realicé uno más en el mes de febrero de 2021. En cada relevamiento ajusté las preguntas orientadoras en la medida que el contexto pandémico iba cambiando. La mayor parte de las personas a las que requerí su parecer en marzo siguieron colaborando posteriormente. Del mismo modo, muchas nuevas fueron incorporándose, fuese por recomendación o invitación de quienes ya participaban, fuese a través de convocatorias que realicé en las redes sociales en línea o a través de la gestión de la colega Ana Kerman, quien colaboró conmigo durante una parte del 2020.

El relevamiento de febrero del 2021 puso de manifiesto las limitaciones de esta modalidad y la necesidad de pasar a otra. Muchos testimonios se habían vuelto escuetos, las preguntas orientadoras no funcionaban como antes; el procedimiento parecía haberse vuelto tedioso para quienes ya lo conocían desde el inicio. La insistencia en ciertas preguntas orientadoras podía recibir respuestas tales como “esto ya te lo dije antes”. Claramente, era indispensable pasar a una modalidad de intercambio en la que fuese posible dialogar, dejar hablar a nuestros interlocutores, escuchar y escucharse y, fundamentalmente, repreguntar. Por eso, de ahí en más privilegié las entrevistas abiertas en profundidad a través de programas de video llamadas como Zoom. También, debo decir que cuando las condiciones lo permitieron,

durante el 2020 y ya más asiduamente en el 2021 realicé observaciones en las calles, los bares y las plazas y parques. Además, en el curso de todos estos meses, seguí atentamente las estadísticas de los casos de infectados y muertes, las tasas de mortalidad y de letalidad y, desde inicios del corriente año, el proceso de vacunación, que se fue transformando en mi foco principal de interés.

Tal vez, algunos dirán que podíamos haber adoptado la actitud de los cronistas de los medios, que nunca dejaron de estar presentes en muchas situaciones sociales que entrañaban riesgo de contagio para ellos y para los demás. Pero, ciertamente, nunca la investigación social de campo fue considerada una actividad esencial, es decir, que estuviese exceptuada de las restricciones a la circulación. Aun así, algunos colegas se han animado a salir a hacer observaciones (por ejemplo, de las marchas anticuarentena y antivacunas y las protestas organizadas por la coalición política opositora al gobierno nacional, Juntos por el Cambio); o en otros casos se desplazaron desde sus hogares hasta las localidades donde habitualmente realizan sus trabajos de campo en momentos epidemiológicamente mejores.

Por ejemplo, Nicolás Viotti llevó adelante entrevistas con personas que desconfiaban de las perspectivas científicas sobre la pandemia. En un momento en que las salidas prolongadas y lejos del hogar no eran lo más usual, munido de doble barbijo y su cámara, el 17 de agosto decidió concurrir como observador a la marcha convocada por Juntos por el Cambio y los medios de comunicación opositores al gobierno nacional, al que se sumarían otros partidos políticos de derecha, así como grupos anticuarentena y antivacunas. Viotti me comentó que trató de guardar todo el tiempo distancia prudente de los manifestantes, buena parte de los cuales caminaba sin barbijo y no res-

petando medidas de cuidado básicas. Así, en un momento quiso conversar con una mujer, la que le puso como condición sacarse el barbijo, a lo cual no accedió. Pese a estas dificultades, Viotti pudo realizar una rica observación de la manifestación, que pudo registrar fotográficamente.³ Por su parte, Gabriel Noel, quien estaba desarrollando desde hacía tiempo un trabajo de campo en Punta Indio⁴, aprovechó los períodos de menor número de casos de infectados para viajar y continuar con las tareas de investigación. Cuando se inició el ASPO, a través de sus contactos inició una tarea de rastreo en las redes sociales para estar al tanto de lo que sucedía con la población de Punta Indio; en particular, cómo sobrellevaban el aislamiento y las medidas de cuidado. Por eso, durante los meses de mayores restricciones mantuvo una comunicación a distancia con sus interlocutores. Cuando en diciembre del 2020 la provincia de Buenos Aires suavizó las restricciones a la circulación para propiciar el turismo veraniego, Noel viajó a Punta Indio con el fin de observar cómo las vidas habían sido afectadas. Hasta diciembre, la población de Punta Indio había tenido menos de 30 casos y una sola muerte, teniendo en cuenta que disponían de muy pocas camas de terapia intensiva. Cuando en febrero del 2021 los casos de infectados empezaron a subir, Noel retornó, ya que suponía que pronto volverían las restricciones, de modo tal que proseguiría monitoreando la situación a través de las redes sociales, además de mantener conversaciones con sus interlocutores ya sea de modo informal o a través de entrevistas.⁵

Estoy seguro que Viotti y Noel, dos investigadores muy respetuosos de las normas de cuidado sanitario, no han sido los únicos que se han atrevido a “salir” de sus hogares cuando pocos lo hacían. No fue mi caso. Nunca me hubiese animado a exponerme al riesgo de contagio en una marcha masiva, así como a trasladarme y residir temporalmente

3. Para una descripción y análisis de esa movilización, véase Viotti (2020).

4. Punta Indio es una localidad del partido de Punta Indio, en el extremo nordeste de la provincia de Buenos Aires, con una población de poco más de 500 habitantes; la cabecera del partido es la localidad de Verónica, a 90 km de La Plata, con que cuenta con una población de más de 6500 habitantes.

5. Mientras escribo estas páginas, Noel ha emprendido un nuevo viaje a Punta Indio, donde el total de la población está ya vacunada en forma completa.

6. Desde ya, no ha sido el caso de los más jóvenes que están llevando a cabo sus estudios de posgrado, para quienes todo ha sido particularmente difícil.

en otra localidad en un escenario de aumento de casos, a menos que fuese algo que no pudiese evitar. Ahora, convengamos que la situación no ha afectado igual a todos los investigadores. Yo podría haber continuado con mis tareas, ya que contaba con un acopio de material suficiente en lo que hace a mis estudios sobre crisis y clases medias. Es lo que seguramente han hecho muchos: seguir adelante, aprovechando lo hecho en el pasado inmediato. O dedicarse a la búsqueda y lectura de bibliografía, a ordenar y analizar las notas de campo y las transcripciones en el caso de trabajos de campo iniciados y avanzados⁶ o en buscar documentación accesible a través de Internet.⁷ Teniendo la posibilidad de proseguir con lo que tenía disponible, decidí estudiar empíricamente los modos en que experimentábamos la incertidumbre inherente a la situación pandémica. Si la decisión de estudiar las experiencias pandémicas no fue demasiado madurada, en el curso de los meses siguientes me resultó imprescindible pensar mejor en lo que estaba haciendo.

TRABAJO DE CAMPO DESDE LA DISTANCIA

La antropología (o cualquier otra ciencia social) no será ni la primera ni la última disciplina científica que deba replantear su forma de acceso empírico ante determinadas circunstancias específicas. Hay que distinguir los problemas de factibilidad de la investigación de campo, así como su resolución por diferentes vías, del modo en que las condiciones que pueden tornar imposible la presencia del investigador en el campo son analizadas como un aspecto inseparable de la realidad social a estudiar y entender.

Sabemos muy bien que el trabajo de campo depende de las condiciones sociales con las que se encuentre el investigador, que estas condiciones no constituyen meros “obstáculos”, sino que son parte del proceso que debemos estudiar. El trabajo de campo etnográfico constituye una manera

de conocer la vida colectiva a través de la participación del investigador en los contextos de acción de la vida cotidiana en la que se encuentran inmersos los conjuntos sociales. No habría algo más opuesto a esto que suponer la existencia de un camino protocolizado, inamovible, que se debe cumplir siempre, independientemente de las peculiaridades de cada situación.⁸ Así, las condiciones sociales distintivas imponen los modos efectivos en que se desarrollará la investigación de campo, condiciones que, a su vez, deben ser conocidas vía la participación, si se quiere entender formas de vida colectiva en su dimensión práctica y cotidiana.

Justamente este ha sido el inconveniente con el que nos hemos encontrado mayormente en este tiempo. Sin embargo, a decir verdad, lo que nos muestra la historia disciplinar es que, ante situaciones comparables en el pasado, los investigadores han elaborado respuestas diversas para poder estudiar realidades en las que su presencia y permanencia se tornaban dificultosas, cuando no imposibles. Esto es lo que presenta el antropólogo holandés Antonius Robben, cuando aborda el problema de cómo estudiar desde un punto de vista etnográfico escenarios atravesados por la violencia extrema y generalizada. Concretamente, Robben se preguntaba cómo sería posible estudiar la situación de Irak, dadas las condiciones que hacían imposible o altamente riesgoso un trabajo de campo tradicional (recordemos que la guerra de Irak se extendió desde el 20 de marzo de 2003 hasta el 18 de diciembre de 2011). Para formular su respuesta, recuperó críticamente una línea de trabajo llevada a cabo por antropólogos y antropólogas como Margaret Mead, desarrollada durante la II Guerra Mundial, que formaba parte de las estrategias de inteligencia bélica, a través de la cual sería posible estudiar tales contextos, pero “a la distancia”, apelando a lo que llamó la “imaginación etnográfica” (una expresión que evoca el concepto de “imaginación sociológica” de Charles Wright Mills). En aras de llevar a cabo

7. Es importante señalar que las restricciones imperantes afectaron duramente a quienes trabajan a partir de documentos, en la medida que bibliotecas y archivos han permanecido cerrados durante toda la pandemia y no se han implementado protocolos específicos para permitir el acceso de los investigadores.

8. Por esto, Ingold (2017) sostiene que la observación participante (en tanto corazón de la investigación etnográfica) es un modo de trabajo, pero no un método en sentido estricto.

estudios a distancia, Mead comparaba a los antropólogos con los paleontólogos que reconstruyen vertebrados a partir de unos pocos restos fósiles, o con los historiadores que deben reconstruir el pasado a partir de las pistas disponibles (Robben, 2008, 62-63).

Robben ponía en el centro algo que durante décadas fue esencial a la investigación antropológica: el método comparativo. De esta manera, Irak podía ser estudiado a partir de su comparación con las investigaciones sobre otras realidades sociales que habían atravesado situaciones similares de guerra y violencia extrema. Robben indicaba que, en función del relevamiento empírico indispensable, los investigadores podían realizar entrevistas a exatriados y refugiados, analizar artículos periodísticos de los corresponsales de guerra, así como los informes de situación de las ONGs, los comunicados de los militares y de los grupos insurgentes, los blogs de civiles y soldados, los programas de televisión, los partes radiofónicos, entre varias cosas más. Al igual que sucede con el trabajo de campo en sus formas más habituales, esta imaginación opera mejor cuanto más experimentado fuese el investigador (Robben, 2008 y 2010).

El espectro de posibilidades empíricas que mencionaba Robben era bastante amplio, por cierto. Y resulta ante todo una salida sensata ante la imposibilidad de realización de trabajo de campo presencial, aunque mucho de lo mencionado como alternativa habría que llevarlo cabo de todos modos. Por caso, el uso de fuentes escritas para producir conocimiento etnográfico lejos está de ser una novedad, algo excepcional o la consecuencia resignada de no poder realizar trabajo de campo en forma presencial. No es necesario citar los trabajos de historiadores como Carlo Ginsburg o Robert Darnton, cuando contamos con los estudios clásicos de Mary Douglas sobre el Levítico, de Edmund Leach sobre el Génesis, de Marshall Sahlins y Gananath Obeyesekere sobre las crónicas de los viajes del Capitán Cook, de Talal Asad sobre textos religiosos medievales, por señalar apenas algunos muy conocidos.

Obviamente, en todos estos casos de lo que se trataba era de acceder a mundos ya inexistentes. Pero no hace falta ir tan lejos como a los análisis bíblicos, las crónicas de un viaje de navega-

ción del siglo XVIII o a los sermones monásticos del siglo XII para buscar alguna justificación del uso de textos escritos para la interpretación etnográfica. Tampoco debo ir muy lejos en el espacio y el tiempo. Si de la realidad argentina se trata, Eduardo Archetti (1995) estudió las narrativas del fútbol argentino analizando la revista deportiva *El Gráfico*; Federico Neiburg (1995) abordó textos de intelectuales y académicos para analizar las mitologías nacionales; y yo mismo, desde el comienzo de mi carrera, me he especializado en el análisis de materiales textuales diversos, que incluyeron desde escritos académicos (Visacovsky, Guber y Gurevich, 1997; Visacovsky, 2009a; Guber y Visacovsky, 2006; Visacovsky y Guber, 2005) hasta noticias y notas de opinión periodísticas (Visacovsky, 2009b y 2018).

Por otra parte, hay que subrayar que cuando hacemos investigación etnográfica no se busca en el análisis textual un acceso a un mundo al que nos vemos imposibilitados de hacerlo de otro modo (o, al menos, no se trata siempre de eso). La producción, circulación y recepción de textos es una actividad rutinaria y esencial en muchos escenarios y para diferentes sujetos. Lo es para los médicos que redactan historias clínicas, para los burócratas que confeccionan expedientes, para jueces, fiscales y abogados que escriben documentos jurídicos, para los hombres y mujeres de negocios que elaboraban un presupuesto, y lo es hoy de una manera monstruosa, con la generalización descomunal del correo electrónico, los sistemas de mensajería instantánea y las redes sociales. Me referiré a este tema más adelante.

La idea de un estudio etnográfico “desde la distancia” puede parecer, en principio, una ratificación, una suerte de autorización académica, de que bajo ciertas circunstancias es posible realizar estudios etnográficos sin llevar adelante un trabajo de campo que exija la presencia del investigador en el terreno. En mi caso, además de lo señalado en el acápite anterior, procedí a leer estudios y hasta crónicas acerca de situaciones pandémicas pasadas con pretensiones comparativas, desde la Peste Negra en Europa en el siglo XIV hasta la pandemia de gripe (influenzavirus A subtipo H1N1) de 1918, mal llamada “gripe española”. Mucho me ayudó la participación en un equipo de trabajo junto a colegas especialistas en el estudio de epidemias, como Adriana Álvarez, María Silvia Di Liscia y Adrián Carbonetti (Álvarez,

2020; Carbonetti, 2020; Carbonetti y Álvarez, 2017; Di Liscia, 2020), así como el trabajo conjunto con Gabriel Noel. También resultaron de mucha ayuda algunos estudios antropológicos sobre desastres que procuraron mostrar su potencialidad para dar cuenta de la presente coyuntura (Faas et.al, 2020; García Acosta, 2021). Pero, muy especialmente, debo decir que emprendí mi estudio actual como una prolongación de mis esfuerzos por analizar la situación en términos de crisis desde el comienzo de la llegada de la pandemia a la Argentina (Visacovsky y Zenobi, 2020). En definitiva, lo que buscaba era tratar de entender algunas de las reacciones colectivas presentes a partir de lo que ya sabíamos sobre las reacciones pasadas, teniendo claro que más allá de posibles continuidades o aspectos invariantes, quizá ligada al comportamiento de nuestra especie, hay también discontinuidades, singularidades históricas que tornan difícil o desatinado comparar sin recaudos la Argentina de inicios del siglo XXI con la Florencia de mediados del siglo XIV o la Constantinopla de mediados del siglo VI.

De todos modos, la idea de una aproximación etnográfica “a distancia”, si inicialmente parece un acto de razonable prudencia, no deja de tener sus inconvenientes. ¿Cómo se conceptualiza esta distancia cuando uno vive en esa zona de desastre que pretende entender? Porque no se trata de no desplazarse allí donde está el peligro. Estuvimos y aún estamos expuestos al virus, a infectarnos y a infectar, a enfermarnos, terminar en una terapia intensiva y, como ha sucedido con tantos argentinos y argentinas, a morir. Si bien es cierto que hay situaciones que entrañan mayor riesgo que otras, también es cierto que las posibilidades de contagio han sido factibles incluso para aquellas personas que asumieron una conducta que consideraron “cuidadosa”. Sobre todo, no es lo mismo evitar viajar a una zona con enfermedades endémicas que vivir allí donde personas que vemos como más próximas a nosotros, se enferman y mueren. Y esto tiene consecuencias respecto a qué entender por “distancia” y cómo se nos presenta el campo.

EL CAMPO IMPREVISTO

Puede que el trabajo de campo etnográfico conserve algo de la impronta original, cuando casi

con exclusividad dedicaba su atención a sociedades sin escritura, de ahí que toda limitación para interactuar con quienes habitan los mundos sociales que queremos conocer sea percibida como un empobrecimiento de la investigación. Pero las razones quizá sean más profundas: por un lado, están relacionadas con el hecho de que nuestras vidas transcurren mayormente en la oralidad; por otro, con la especificidad de las interacciones sociales -en términos de Erving Goffman: cara a cara- mediadas por el lenguaje verbal y todo ese amplio espectro comunicativo de difícil delimitación que suele denominarse comunicación no verbal. De ser posible, el trabajo de campo desde una aproximación etnográfica resulta crucial para entender las reacciones de diferentes sectores de la población ante las normas sanitarias impuestas, en la medida que han modificado drásticamente las interacciones sociales. Lo “seguro” frente a lo “riesgoso” se ha puesto en juego, por caso, en la redefinición de las distancias entre los cuerpos, en la manera de ingresar y permanecer en ambientes no familiares, en el uso de mascarillas o barbijos como barreras para evitar la infección propia y ajena, en el carácter problemático del ingreso a los hogares por parte de quienes no son sus habitantes. Todo esto, por supuesto, no ha tenido reacciones homogéneas de la población e incluso, diferentes sectores han variado sus respuestas en el curso del tiempo. Ahora bien, hay que resaltar que nuestras posibilidades de acceso a algunas de estas instancias no han estado del todo vedadas. Aun en los momentos de mayor restricción a la circulación en el espacio urbano, fue posible vivir situaciones susceptibles de ser transformadas en parte de un trabajo de campo en el terreno.

Emilio era una de las personas a las que solicité su testimonio en mi primer relevamiento del mes de marzo de 2020, un viajante de comercio de una empresa textil con quien tenía una relación muy cercana. Además de la edad, compartíamos muchos puntos de vista acerca de la política argentina. Ya desde el comienzo me había transmitido una adhesión completa a las medidas sanitarias dispuestas por el gobierno, mostrándose como alguien cuidadoso y responsable. Su perspectiva me resultaba importante, porque representaba a un sector que necesitaba imperiosamente salir a la calle, ya que dependía económicamente de las

ventas a sus clientes. Pese a que reconocía el impacto negativo que las medidas tendrían en su caso y el de otras familias, cada vez que requería su testimonio reiteraba su acuerdo con la política llevada a cabo para enfrentar la pandemia, así como no perdía ocasión de cuestionar al gobierno saliente en 2019 y a quienes violaban las restricciones. Ahora bien, en una ocasión, conversando telefónicamente ya no en calidad de investigador, se animó a criticar con dureza a quienes dejaban de visitar a los padres y abuelos que vivían solos en tanto adultos mayores que no podían salir de sus hogares. “No hay que ser fanático de la cuarentena”, sostuvo. Nunca había expresado algo semejante en sus testimonios.

Probablemente, como sucedió con muchos otros, tal vez podía sentir que mis preguntas fuesen una suerte de evaluación de su conducta. De hecho, así estaba planteada en el discurso público: como un asunto moral. Posiblemente, ante el temor de ser descalificado moralmente como “irresponsable” por violar los protocolos sanitarios, él y otros hayan respondido mostrando sus conductas como ajustadas a la norma. Si esto ha sido así, tal vez yo podía representar para ellos a alguien que los vigilaba y que podía mostrar públicamente su irresponsabilidad. No es que Emilio no fuese una persona que asumiese cuán crucial resultaba respetar las medidas de cuidado, sino que esto entraba en conflicto con su convicción de que no podía dejar de visitar a sus padres, más allá de procurarles semanalmente los alimentos y otros productos de primera necesidad. Él debía presentar sus visitas a los padres como una obligación moral impostergable, a la misma altura del cumplimiento de las medidas sanitarias. El “fanatismo”, así aludía a no cumplir con un deber filial. Lo interesante es que su caracterización de quienes desatendían a sus padres mayores en tanto “fanáticos” solo pudo surgir en un tipo de relación muy distinta a la generada por la solicitud de testimonios: una confianza fruto de una relación establecida entre iguales, como la que puede darse entre parientes muy cercanos o amigos íntimos. Si esta conversación no fue pensada originalmente como parte de mi trabajo de campo, reinterpretarla en el marco del mismo era una tarea impostergable.

Un sábado de agosto por la tarde, a casi cinco meses exactos del inicio del ASPO, estábamos

con mi esposa esperando ingresar al minisúper de la esquina de nuestra casa. Éramos los únicos y los primeros, así que no demoraríamos mucho en entrar. De pronto, sin que nos diéramos cuenta, apareció un hombre que se interpuso entre nosotros y la puerta de ingreso, para observar el interior. Ya estábamos sorprendidos y molestos por esa conducta intempestiva cuando se dio vuelta para mirarnos: ¡Estaba sin barbijo!. Asustados, de inmediato retrocedimos unos dos o tres pasos. Ahí pudimos verlo mejor: de unos 40 años, con algunas heridas en su cara, se ubicó a nuestra derecha. Muy molesto, le dije que no podía andar así. “¿Por qué?”, respondió. La situación se tornó rápidamente ríspida. “Porque es una norma sanitaria para cuidarnos entre todos”, le expresé. Con espíritu pedagógico y mucha calma, nos explicó: “Eso no los protege de nada”. Lo primero que pensé fue que debíamos cuidarnos, por eso nos alejamos. Alcancé a decirle que trabajaba en el CONICET, que era científico, que era preciso seguir las recomendaciones sanitarias. Perdí el control que siempre trato de tener y no tuve otra idea que invocar una supuesta autoridad. Pero todo era inútil, para ese hombre yo no representaba ninguna autoridad, ni lo que le decía tenía ninguna significación especial. Como insistía con lo suyo, di por finalizada cualquier forma de intercambio en esas condiciones. “Yo no tengo nada que debatir con vos», le dije muy enfadado. Pero el hombre mantenía su serenidad, con la convicción de quien sabe tener la razón de su lado. Él quería debatir. Como una suerte de Sócrates, si yo le planteaba que debía usar el barbijo porque se trataba de una norma social, él me preguntaba por qué. Si yo reiteraba que se trataba de una norma, él me preguntaba si yo aceptaba dócilmente todo lo que se me decía. Es decir, el hombre me veía como un dogmático que seguía irreflexivamente una norma, la cual aceptaba sin más. Simplemente, yo obedecía ciegamente. A su vez, el hombre parecía, así, expresar una mentalidad abierta y una capacidad crítica de las que yo, desde su punto de vista, carecía. “¿Usted cree todo lo que le dicen?”, insistía. También aprovechaba para enrostrarme mi desconocimiento de otros puntos de vista. Pero me dije a mi mismo que ya era suficiente. Mientras trataba de que mi esposa no siguiera el acalorado y, en mi opinión, absurdo altercado, en un tono de voz muy fuerte, di por concluido todo: “Yo no tengo nada que debatir con vos, no me interesa debatir con vos, esta discusión se termina acá”.

Como estas situaciones no son gratuitas, entré con mucho enojo al minisúper, mientras mi esposa se quedaba afuera. Estaba tan nervioso que a duras penas recordaba qué quería comprar. A la vez, estaba preocupado por dejar a mi esposa con aquel hombre, tanto por la continuidad de una disputa para mí ridícula como por el peligro del contagio. Por eso, volví a la entrada y le pedí a ella que se alejase, que no tratase de razonar con “un idiota anticuarentena”. Dos mujeres que estaban pagando su compra comentaban su preocupación “por los idiotas y los boludos”, como el que había generado el incidente. Más tarde, mi esposa me contó que mientras el hombre esperaba, otro bastante mayor pasó y lo aplaudió, diciendo que “si hubiera más gente como vos dejaríamos de ser esclavos”. La cuestión es que el hombre terminó ingresando al local y lo hizo con la nariz y su boca cubiertas con una bufanda. Claro, de acuerdo a las normas de la empresa, estaba prohibido ingresar sin barbijo. Los empleados, con quienes tengo bastante confianza, me comentaron que lo conocían, que “tiene problemas”, es decir, insinuaron alguna “patología mental”, y no suele ser agresivo. Pero eso sí, había que insistirle que usase el barbijo. Al sábado siguiente lo volví a ver desde lejos, esperando ingresar al local, a la misma hora, sin el barbijo. Al fin y al cabo, me había topado con una de esas personas que se manifestaban contra la existencia del virus y la pandemia y a las cuales podía acceder a través de las imágenes televisivas, las redes sociales o las observaciones de colegas como Viotti. Irónicamente, la distancia que pretendía conservar a ultranza había desaparecido sin ningún aviso previo.

A esta situación podrían sumarse muchas otras que no fueron parte de un trabajo de campo premeditado, pero que podían ser leídas a posteriori en términos de situaciones de campo en un proceso de investigación. Las compras cotidianas, la asistencia a un consultorio médico, el cruce con un vecino, el viaje en un transporte público, una simple conversación telefónica o un intercambio por WhatsApp, correo electrónico o en las redes sociales. Cualquier situación aguardaba para ser convertida en una experiencia de campo. Pero entonces: ¿cómo pensar la distancia que invocaba Robben cuando la misma, tarde o temprano, será anulada?

Como sabemos, la investigación antropológica partió de varias distancias a zanjar: la que podríamos llamar “cultural” (aunque no me resulta el término más apropiado), lingüística, pero también espacial o geográfica (porque se trataba de poblaciones alejadas de los centros urbanos en los que los investigadores residían, sus hogares). Desde William Halse Rivers y Bronislaw Malinowski, la propuesta fue acercarse a esas poblaciones a un punto tal que sus vidas cotidianas fuesen también las de los investigadores. En esto consistió el célebre encuentro con la alteridad desde el punto de vista de los antropólogos. Sin embargo, poco a poco la antropología en casa, o en el hogar, fue ganando terreno. Ahora bien, los significados del “estar en casa” o “en el hogar” no están necesariamente dados de una vez para siempre ni son universales (Peirano, 1998). En nuestro caso, la idea de “hogar” incluía tanto el espacio físico donde vivimos y que nos confiere seguridad y distancia frente al riesgo de contagio viral, como también a un espacio más vasto que incluye todo aquello que resulta familiar y, por ende, seguro, como se comprueba al caminar por las calles de nuestro barrio y visitar los lugares a los que acostumbramos ir. Pero como lo hemos confirmado, toda esta familiaridad y seguridad basada en una presunta distancia puede quebrarse de manera rápida e inesperada, poniendo en cuestión tanto los límites del hogar y lo familiar como de cuándo “ingresamos” o “salimos” del campo. Una vez que entendemos esta particularidad de nuestro trabajo, lo que sigue es transformar estas situaciones en experiencias de campo, plausibles de ser interpretadas etnográficamente.

Es posible que muchos vean en esto un nuevo episodio de la saga del trabajo de campo intermitente, que se hace en los ratos libres, con investigadores que lejos están de involucrarse fuertemente y participar activamente de la vida cotidiana de una población. Estoy seguro que habrá muchos buenos argumentos para sostener esto. Pero, por mi parte, lo que diré es que, bajo condiciones como las actuales, de lo que se trata es de aprovechar al máximo cuanta situación de interacción nos tenga de protagonistas. Cuando las mismas son escasas, todas se tornan relevantes y potencialmente significativas, incluso aquellas que tenemos en la realidad virtual.

EN LAS REDES

No es este el lugar para exponer cómo las formas de comunicación mediadas por la computadora u ordenador, computer-mediated communication, CCM, se impusieron como solución durante la pandemia para un sinnúmero de actividades, modalidad que probablemente se prolongue más allá del fin de la actual situación sanitaria global. Lo que me interesa es plantear algunos de los usos que hemos hecho de esta forma de comunicación como vía de investigación. Han sido muchos los investigadores que, dadas las condiciones impuestas por la pandemia, en especial durante el 2020, han recurrido a diferentes estrategias no presenciales de relevamiento de información. En ese sentido, mis decisiones como investigador de la pandemia no han sido en absoluto originales.

Sin embargo, una vez que avanzamos lo suficiente, que adquirimos ciertas competencias con las que, en algunos casos, ya contábamos y, en otros, debimos adquirir rápidamente, se impone abandonar una mirada simplista sobre lo que hemos estado haciendo hasta aquí. Porque bien podríamos ver lo que hicimos como vetas donde afloraba aquello que antes obteníamos de otras maneras. Pero eso sería no comprender la singularidad de la comunicación, tal como ella existe en los servicios de mensajería instantánea, el correo electrónico, las salas de chat, los foros en línea y las redes sociales. Voy a referirme aquí a mi trabajo en estas últimas.

Soy un usuario de redes sociales en línea desde hace más de diez años. Facebook fue la primera red social de la que fui usuario, más tarde incorporaría Twitter y, aun más tarde, Instagram. Uso Facebook básicamente como un vehículo a través del cual difundo actividades, publicaciones y noticias propias o ajenas que me resultan interesantes. Leo las noticias de diferentes medios nacionales y extranjeros a través de Facebook y Twitter; no solo ya no leo diarios en papel, sino que no busco los portales de los mismos en Internet. Suelo también compartir en Facebook alguna reflexión (posteo) sobre asuntos diversos, principalmente académicos, pero también sobre la actualidad política nacional e internacional, aunque cada vez menos. En ocasiones, esos posts despertaron alguna reacción encontrada, enojos

que concluyeron a menudo con rupturas (“bloques”) de los vínculos de “amistad”. También suelo compartir algún aspecto de mi vida familiar, generalmente acompañado de imágenes fotográficas, algo que se hizo más frecuente y sencillo a través de la conexión de Instagram con Facebook. En el caso de Facebook, y en menor medida Twitter, suelo interactuar con aquellos “amigos” que comentan mis posts, algo que puedo hacer también, en menor medida, a través de mensajes privados (Messenger). Twitter es una red en la que escribo mucho menos y, diría, cada vez menos. También suelo compartir alguna información, alguna reflexión, pero dado que se trata de una red en la que se apela frecuentemente al acoso, al insulto, la agresión y al escarnio, como es sabido, los “odiadores” son especialistas que trabajan particularmente en Twitter, trato de no exponerme inútilmente, en aras de conservar una buena salud. Eso no significa que no tenga una participación intensa como lector de lo que se tuitea. En fin, dedico un tiempo diario y variable a las redes, lo cual se incrementó con la pandemia.

Tras el inicio del confinamiento en marzo, utilicé Facebook y Twitter para seguir diferentes aspectos de la situación imperante; incluso, fui compartiendo algunos avances de mi trabajo, así como contactar posibles interlocutores. Puse especial atención en las noticias sobre la progresión de los casos de infectados y muertes en la Argentina y el mundo, las diversas medidas adoptadas y el potencial desarrollo de tratamientos y vacunas. En principio, seguí a los principales medios de comunicación. Al tiempo, mi búsqueda se hizo más específica. Por ejemplo, seguí a periodistas que tenían sobrada experiencia en la divulgación científica (sus reclamos de reconocimiento durante la pandemia conforman toda una cuestión a estudiar alguna vez) y, con el tiempo, más a algunos de ellos que a otros. También, a ministros y secretarios de salud, así como a ciertos científicos expertos en virus, infecciones y vacunas que se constituyeron rápidamente en voces autorizadas, muy especialmente en Twitter. Estas últimas se ocuparon inicialmente de explicar en qué consistía la COVID-19, las razones de las medidas de cuidado y su importancia, la evaluación de las decisiones en materia de política sanitaria y, más recientemente, las vacunas y la relevancia de la vacunación. A la vez, como voces autorizadas, se

ocuparon de desmentir rumores que circulaban en las redes sociales sobre el origen del virus o los efectos de las vacunas. Pero también, pronto estas voces autorizadas fueron desafiadas por otras que también construyeron autoridad en las redes sociales, voces que cuestionaron las medidas adoptadas por el gobierno nacional, ya sea en lo que fueron las restricciones a la circulación o el proceso de vacunación. Estas voces incluían una amplia gama de profesionales: médicos, investigadores científicos en diferentes disciplinas, periodistas, funcionarios y políticos opositores al gobierno nacional, entre otras. Fueron algunos de estos quienes también convocaron a manifestaciones contra las medidas sanitarias del gobierno nacional.

En este punto, mi seguimiento no solo se centró en poder identificar una suerte de agenda temática, sino también formas de razonar o estilos de pensar, para usar una célebre expresión de Mary Douglas. En cada posteo o tuit en los que se generaban intensos debates, fuesen o no en términos respetuosos, traté de relevar quiénes participaban, a favor o en contra, es decir, quién interactuaba con quién y de qué manera (Miller y Venkatraman, 2018), con el fin de identificar qué era lo que estaba en juego y qué expresaban o representaban los participantes.

Las redes sociales fueron un espacio en el que las personas narraban sus angustias, fuese por haberse contagiado ellos o alguien muy próximo. Muchos narraron su propia enfermedad, su interacción e incluso fueron comunicándose con sus seguidores hasta momentos antes de morir. Ya en tiempos de vacunación, las redes permitieron que las personas expresaran su felicidad ante la llegada de un turno, así como la ansiedad debido a que el mismo se demoraba. Al comienzo del proceso de vacunación, el personal de salud, que fue la primera población en ser vacunada, adoptó la costumbre de sacarse una selfi y compartirla en las redes sociales, acompañada de un mensaje de agradecimiento a las autoridades nacionales y, en algunos casos, provinciales, especialmente en la provincia de Buenos Aires. Ese personal que había recibido en cada rincón del país aplausos al anochecer al comienzo de la pandemia, había sufrido demasiado, por lo que la vacuna constituía evidentemente un bálsamo.

En la ciudad de Buenos Aires, el gobierno permitió que simultáneamente se vacunase personal privado; a esta opción se sumaron profesionales que llevaban adelante tratamientos “psi”, buena parte de los cuales se estaban llevando a cabo en forma no presencial. También compartieron dichos sus selfis al vacunarse, pero en este caso recibieron no solo felicitaciones sino también acusaciones de egoísmo, de usufructuar un lugar que le correspondía al personal de salud que hacía tareas presenciales, de no respetar el orden de espera en la fila. Recordemos que el 18 de febrero se produjo el escándalo por la vacunación irregular en el Ministerio de Salud (que la mayor parte de los medios catalogaron como “vacunatorio VIP”), en el que setenta ciudadanos recibieron su vacuna por fuera del orden que les correspondía, lo que obligó al presidente Alberto Fernández a pedirle la renuncia al ministro de salud, Ginés González García. Esto produjo una fuerte indignación en muchos sectores, en razón de que por entonces las vacunas disponibles eran escasas.

No obstante, la publicación de imágenes prosiguió en los meses siguientes: selfis de vacunados, fotos de adultos mayores tomadas por hijos y nietos, pero también fotos de personas a las que se denunciaba porque, supuestamente, se habían vacunado no respetando los esquemas de vacunación dispuestos en cada lugar. Las imágenes, pues, fueron parte significativa de la contienda política que se libró en las redes y fuera de ellas; como señalan Miller y Sinanan (2017), muchas de las imágenes en las redes expresan valores morales y, a la vez, contribuyen a la vigilancia y control de los mismos.

Dado el auge que alcanzaron los estudios en las redes sociales en línea durante la pandemia, algún tiempo atrás una colega expresaba con razón su desconfianza, sosteniendo que la aproximación a las redes exigía una formación, un entrenamiento específico en sus lógicas, un conocimiento de lo que ya se ha estudiado sobre las mismas desde las ciencias sociales. Incluso, yo daría un paso más. En razón del peso que las redes sociales en línea tienen en nuestras vidas, ¿Cuánto tiempo más podremos prescindir de su estudio como central en nuestras actividades? ¿Cómo no considerarlas una dimensión y una parte esencial de nuestras tareas de investigación? Probablemente,

no haya campo de investigación que pueda considerarse fuera de lo digital (Di Prospero y Daza Prado, 2019; Gómez Cruz y Ardèvol, 2013). Las próximas generaciones de investigadores deberían integrar su estudio no solo como una especialización, sino como condición necesaria para entender sus temas particulares. Del mismo modo en que sucedió en algún momento con los estudios sobre medios, ha llegado el momento de preguntarse por el impacto de las redes sociales en la vida de los usuarios, la transformación de sus vidas, ya que pueden arrasar con la privacidad y generar escándalos políticos, lo cual conduce a una problematización de nuestras ideas acerca de qué está en línea y qué está afuera (Miller, 2011).

CONCLUSIONES

La pandemia y las consiguientes restricciones a la circulación de personas plantearon serios desafíos a la investigación social en general y a la etnográfica en particular. A la pregunta acerca de qué sería posible hacer bajo tales condiciones, la respuesta más extendida fue llevar adelante algunas actividades posibles “a la distancia”, esperando que la situación culminase y todo volviese a la normalidad. Es decir, que en el caso de quienes habían proyectado realizar una investigación etnográfica, llevarían a cabo tareas provisorias durante una suerte de tiempo liminal, hasta que el mismo se resolviese en un nuevo tiempo, donde volverían a reinar aquellas condiciones que hacían posible el trabajo de campo tal como se lo debía practicar.

Lo que subyace aquí no es otra cosa que la idea de crisis (o una de sus formas), aquella que presupone normativamente que la resolución de la incertidumbre no es otra cosa que una suerte de “retorno» a la “normalidad previa”. Lo positivo de llevar adelante tareas ligadas a la investigación durante las restricciones a la circulación y el aislamiento es que se trata de una reacción a la inacción, a la parálisis. Pero el riesgo también es ver estas actividades como una forma degradada o limitada de investigación, con lo cual estaríamos perdiendo una gran oportunidad para explorar algunos enfoques de la investigación etnográfica que ya se han desarrollado y que, en buena medida, perdurarán cuando las restricciones planteadas en la actual coyuntura ya no existan.

La exposición de lo realizado en mi trabajo de investigación sobre la pandemia está orientada a mostrar que las dificultades en la investigación han estado menos en el temor a la parálisis frente a la incertidumbre, a la espera de tiempos mejores que tal vez no lleguen, y más en tratar de pensar qué estamos haciendo, qué pretendemos lograr con lo que hacemos o qué podemos esperar de lo que hagamos, qué podemos pedirle al trabajo en este contexto y qué no.

Quisiera enfatizar muy especialmente en dos cuestiones. La primera de ellas está relacionada con la posibilidad evidente que ha ofrecido este tiempo para pensar y llevar a la práctica formas de investigación etnográficas en las cuales nuestra presencia en el terreno se torne imposible o discontinua. Mi reflexión acerca de cómo pensar algunos momentos de interacción cara a cara cómo instancias de trabajo de campo va en esa dirección. Es decir, replantear la idea de “estar en el campo”. La segunda está en directa asociación con la primera: pensar y desarrollar formas de investigación con pretensiones de conocimiento etnográfico en situaciones extraordinarias puede proporcionar elementos para interrogar y evaluar las maneras usuales en que trabajamos etnográficamente. Lo que quiero decir es que la excepcionalidad nos obliga a preguntarnos cómo estudiar la realidad de una cierta manera y si ese modo nos proporcionará lo que buscamos en términos de perspectiva de conocimiento, algo que no sucede si nuestros modos de examinar la realidad son asumidos sin más. Una consecuencia importante de todo esto es que lo que pensemos y hagamos tendrá seguramente efectos en nuestras investigaciones durante los tiempos que percibimos y definimos como “normales”.

Una vez más, debo insistir que no pretendo de ningún modo decir que el trabajo de campo, tal como lo hemos practicado, será completamente desplazado, por ejemplo, por el relevamiento y el análisis de textos o redes sociales. La comunicación humana, nuestros intercambios lingüísticos, transcurren mayormente en la oralidad de la vida cotidiana, como viene sucediendo, con nuestra especie al menos, desde hace más de 50.000 años. Pero esto no implica desentendernos de cómo la vida cotidiana ha sido y es transformada por las nuevas formas que ha adoptado la comunicación.

Así como el desarrollo de la escritura debió impactar en las formas de pensar asociadas con las sociedades sin escritura, así como los medios de comunicación electrónicos lo hicieron en el curso del siglo XX, también lo están haciendo los chats, los foros, los posteos, los tuits. Y, por eso, en mi investigación en curso sobre las experiencias de la

pandemia ha sido fundamental relevar y conocer todo esto, si de lo que se trata es tratar de entender cómo las personas definen lo que sucede, lo caracterizan, lo explican, cómo han respondido o actuado y qué esperan que ocurra, más temprano, más tarde, con ellos, con los suyos, con el resto de la sociedad.

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez, A. (Comp.). (2020). *Del cólera al Covid-19. Una mirada por viejas y nuevas pandemias en la Argentina*. Mar del Plata: Eudem.
- Archetti, E. P. (1995). Estilo y virtudes masculinas en El Gráfico: la creación del imaginario del fútbol argentino. *Desarrollo económico*, 35(139), 419-442.
- Carbonetti, A. (2020). Acerca de pandemias, ciencia y vacunas en Argentina. En D.M.D. Sá, G. Sanglar, G. Hochman, K. Kodama (Comp.). *Diario da Pandemia. O olhar dos historiadores* (pp. 358-364). Editora Hucitec: Sao Paulo.
- Carbonetti, A. C. y Álvarez, A. (2017). La Gripe Española en el interior de la Argentina (1918-1919). *Americana: Revista de Estudios Latinoamericanos*, (6), 207-229.
- Chaparro, L. (2020). La medicina no basta: por qué necesitamos ciencias sociales para frenar esta pandemia. *SINC. La ciencia es noticia*, 2 de abril <https://www.agenciasinc.es/Reportajes/La-medicina-no-basta-por-que-necesitamos-ciencias-sociales-para-frenar-esta-pandemia>
- Di Liscia, M. S. (2020). Las pandemias de influenza en Argentina: enseñanzas y oportunidades. *Atek Na [En la tierra]*, 9, 299-310.
- Di Prospero, C. y Daza Prado, D. (2019). Etnografía (de lo) digital Introducción al dossier. *Etnografías Contemporáneas*, 5(9), 66-72.
- Faas, A. J. Barrios, R., García-Acosta, V., Garriga-López, A., Mattes, S., & Trivedi, J. (2020). Entangled roots and otherwise possibilities: an anthropology of disasters COVID-19 research agenda. *Human Organization*, 79(4), 333-342.
- García Acosta, V. (2021). Aprendizajes y nuevos derroteros en el estudio de los desastres y epidemias. Reflexiones desde la antropología. *Desacatos. Revista de Ciencias Sociales*, (65), 34-53.
- Gómez, E., y Ardevol, E. (2013). Ethnography and the Field in Media (ted) settings: A Practice Theory approach. *Westminster Papers in Communication and Culture*, 9(3), 27-46.
- Guber, R., y Visacovsky, S. (2006). 1. The Birth of Ciencias Antropológicas at the University of Buenos Aires, 1955-1965. *Histories of Anthropology Annual*, 2(1), 1-32.
- Ingold, T. (2017). Anthropology contra ethnography. *HAU: Journal of Ethnographic Theory*, 7(1), 21-26.
- Lomnitz-Adler, C. (2003). Times of crisis: historicity, sacrifice, and the spectacle of debacle in Mexico City. *Public Culture*, 15(1), 127-147.
- Miller, D. (2011). *Tales from facebook*. Cambridge: Polity Press.
- Miller, D. y Sinanan, J. (2017). *Visualising Facebook: A Comparative Perspective*. London: UCL Press.
- Miller, D. y Venkatraman, S. (2018). Facebook Interactions: An Ethnographic Perspective. *Social Media + Society* July-September 2018: 1-11.
- Neiburg, F. (1995). Ciencias sociales y mitológicas nacionales. La constitución de la sociología en la Argentina y la invención del peronismo. *Desarrollo económico*, 34(136), 533-556.
- Neiburg, F. (2020). Life, Economy, and Economic Emergencies. *Sase Newsletter*, 13.
- Peirano, M. G. (1998). When anthropology is at home: the different contexts of a single discipline. *Annual review of anthropology*, 27(1), 105-128.

- Shah, H. (2020). Global problems need social science. *Nature*, 577(7789), 295-296.
- Robben, A. C.G.M. (2008). El trabajo de campo desde la distancia: enfrentando la paradoja de una antropología de la guerra contra el terror. En M. Bullen y C. Diez (Comp.), *Retos teóricos y nuevas prácticas* (pp. 55-88). Donostia: Ankulegi Antropologia Elkartea.
- Robben, A.C.G.M. (2010). Ethnographic imagination at a distance: An introduction to the anthropological study of the Iraq war. En A.C.G.M. Robben (Ed.), *Iraq at a distance: What anthropologists can teach us about the war* (pp. 1-23). Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- Taster, M. (2020). Editorial: Social science in a time of social distancing. *LSE impact Blog*, 23 de marzo <https://blogs.lse.ac.uk/impactofsocialsciences/2020/03/23/editorial-social-science-in-a-time-of-social-distancing/>
- Viotti, N. (2020). Desconfío. *Revista Anfibia*. <http://revistaanfibia.com/ensayo/negacionismo-cientifico-desconfio/>
- Visacovsky, S. E. (2009a). Origin stories, invention of genealogies and the early diffusion of Lacanian psychoanalysis in Argentina and Spain (1960–1980). En J. Damousi y M. Plotkin (Eds.), *The Transnational Unconscious* (pp. 227-256). London: Palgrave Macmillan.
- Visacovsky, S. E. (2009b). Imágenes de la ‘clase media’ en la prensa escrita argentina durante la llamada ‘crisis del 2001-2002’. En S. E. Visacovsky y E. Garguin (Comp.), *Moralidades, economías e identidades de clase media: Estudios históricos y etnográficos* (247-278). Buenos Aires: Antropofagia.
- Visacovsky, S. (2017). When Time Freezes: Socio-Anthropological Research on Social Crises. *Iberoamericana–Nordic Journal of Latin American and Caribbean Studies*, 46(1), 6-16.
- Visacovsky, S. E. (2018). The days Argentina stood still. History, nation and imaginable futures in the public interpretations of the Argentine crisis at the beginning of the twenty-first century. *Horizontes Antropológicos*, 24, 311-341.
- Visacovsky, S. E. (2019). Futuros en el presente. Los estudios antropológicos de las situaciones de incertidumbre y esperanza. *Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*, 26 (10), 6-25.
- Visacovsky, S. E. y Guber, R. (2005). ¿Crisis o transición? Caracterizaciones intelectuales. Del dualismo argentino en la apertura democrática. *Anuario de estudios americanos*, 62(1), 55-85.
- Visacovsky, S. E., y Zenobi, D. S. (2020). When a crisis is embedded in another crisis. *Social Anthropology*, 28(2), 379-380.
- Visacovsky, S. E. Guber, R., & Gurevich, E. (1997). Modernidad y tradición en el origen de la carrera de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Buenos Aires. *Redes*, 4(10), 213-257.